



de «MUSKARIA»

ROCK

MEDITACION SOBRE ALGUNAS COSAS EN TORNO A NUESTRA MUSICA O DE COMO LA JUVENTUD VASCA SE HA APUNTADO AL ROCK

Félix Maraña

La música, como la propaganda, sólo tiene éxito cuando se dirige a aquellos que están dispuestos a recibirla. Algo similar afirma J. A. C. Brown, en su manual «Técnicas de persuasión» (De la propaganda al lavado de cerebro), a la hora de enjuiciar las actitudes personales en el mitificado y mitificador terreno de las variantes, modeladas, de la opinión pública. «El incrédulo —afirma Brown— puede que se excite y se conmueva, pero no pierde el control de sí mismo, y ya hemos visto que incluso el creyente se controla más y la ceremonia es mucho más artificial...». O lo que es igual: los estímulos sólo inducen creencias y adhesiones en los conversos y en los tontos. Como se ve, y si esto es así, predicar puede resultar más fácil todavía. Léase campo abonado.

Y la música, como la poesía, son actitudes tan universales, que desdican afirmaciones como las de Amado Nervo («El vasco es poeta por excepción») o cualquiera otra que venga a presuponer que aquí o allá no existen estas o aquellas predisposiciones para las artes. Al fin y al cabo, como en toda cuestión estética, los estímulos y los mensajes llegan más allá de los soportes, y éstos, como la televisión, la radio, el teletexto, el cable, y todas sus variantes, han superado, no sólo la época de comunicación que vivió Nervo, sino a sus propios inventores. Con la reproducción mecánica del sonido, las fronteras no existen y en cualquier esquina, también en Euskadi, puede surgir un grupo de rock más o menos descompuesto, como un movimiento literario surrealista, sumido en el dadá, o el esperpento artístico menos ensayado y más auténtico, empeñados en desoir las querencias de propios y extraños sobre lo que deberían ser nuestros movimientos culturales, nuestros jóvenes o nuestras carreteras.

Lo particular es poco en cuanto, en cualquier encrucijada de la historia, se encuentra con lo universal. Viene esto a cuento de la creencia, muy extendida en ciertos medios políticos vascos (la expresión me evita las siglas, que no dejan de ser una cuestión perecedera y sin mayor importancia), de que los jóvenes de Euskadi han optado por la música, el arte, o las expresiones alternativas más diversas, desoyendo, eso sí, lo que con cierto confuso pudor nadie es capaz de definir, aunque se invoca en torno al alambicado término de «nacional». El hecho de que se pueda pensar esto me parece de una mojigatería

roma y —¿por qué no decirlo?— algo triste. Un número muy elevado de jóvenes vascos han optado, en la última década sobre todo, por el rock, en lo que a gustos musicales se refiere y, de un modo especial, en lo que concierne a la práctica de la música, a través de su ejercicio en conjuntos rokeros de más o menos conjunción y valía. Pero su expresión es suya. Quiero estar con mi amigo Fernando Savater en la reivindicación de lo particular si entendemos que es perfectamente conjugable con lo universal. ¿Quién puede decir que Niko Etxart, o «Akelarre», aunque éste grupo reconozca que no es un grupo de rock, sino una simple practicante de rock, o «Zarama», no forman parte de una expresión peculiar y autóctona, expresándose en euskara en este caso, aunque hayan asimilado como propio un hecho cultural no originario de Euskadi como el rock?

La crítica al movimiento rokeru juvenil se hace, no lo dudamos, desde una óptica política, y se encajan en sus ademanes, usos, costumbres y actitudes sociales generalizaciones desajustadas e incorrectas, como la de considerar que en torno al rock no hay más signo cultural o anticultural que el mundo de los alucinógenos y la droga. Aparte de que sería conveniente hacer la estadística definitiva sobre el consumo de cocaína por parte de los políticos que mantienen tan rígida actitud —tosca, curil y trasnochada— hacia el porro y sucedáneos, habría que decir que el rock es uno de los movimientos culturales que más méritos ha hecho en nuestro siglo por la igualdad entre los hombres.

Sería un buen propósito para esas gentes que sólo ven la música desde el arcén que colaborasen al menos, desde su poder y su gloria —es un decir— para que nuestros jóvenes, al mismo tiempo que en la historia, también se adentraran en la sociología de las cosas. Por ejemplo: hacer un estudio, abierto, y no definitivo, sobre lo que fue, dejó de ser, pudo haber sido y por qué no siguió siendo en nuestra música popular el «Ez dok amairu». O por qué nuestra industria discográfica, editorial o simplemente cultural anda como anda, sin apoyos, sin estructura, sin posibilidades. He ahí un buen papel para los profesionales de la dirección de las conciencias.

Recuerdo con qué expresión preocupada me comunicó cierto día de hace ya unos pocos años el investigador

musical, folklorista y amigo **Joaquín Díaz**, la dificultad que en muchos medios, también en los círculos próximos a los propios cantantes, le supuso el intento, sólo intento, de iniciar algunos apuntes de orden riguroso sobre el «Ez dok amairu». Por cierto, ¿saben nuestros jóvenes más jóvenes, los de veinte años por ejemplo, que fue o no fue ese movimiento musical, o identifican tan siquiera su nombre con la música y no con alguna consigna extracultural?... **Me apetecería ver más tinta sobre la realidad cultural y menos panfletos sobre alegorías demagógicas, que en nada atraen desde luego, y menos mal, a la juventud. Esta sabe sin embargo que a la música, como a la vida, no les falta apenas nada: la imperfección somos nosotros.** Quines no sabemos localizar esas palabras ocultas de la canción folklórica, aun cuando están ahí los protagonistas para investigar con causa y sin pasión. No llego a calibrar hasta dónde llega mi pesimismo a la hora de comprobar cómo esos fenómenos exportables, cual la «**Orquesta Mondragón**», o aquellas excursiones transexegaritanas y madrileñas de **Urko** (no estoy hablando de calidad, sino de sociología), fueron duramente contestadas en algunos medios de prensa, en ciertos ambientes musicales y, por supuesto, en el páramo cultural de la política.

SON JOVENES, NO ARBOLES

Dicho esto, y dejando aparte el mundo de los clichés, de los corsés, de los amaneramientos y los mitos, conviene analizar por qué determinada juventud se inicia en este movimiento musical como es el rock. Creo, aunque las causas son múltiples, por supuesto, que la principal de todas es la propia existencia de los medios de comunicación electrónicos. Estos no sólo difunden, también alienan.

La televisión, por ejemplo, ha mecanizado la risa y su lenguaje, en la mayoría de los casos es torpe, y en modo alguno entretenido. El rock no es solamente, no puede ser, la historia del megavatio. Y los hijos del rock and roll (y entre los hijos ya se sabe que hay ejercientes, fijos, prodigios, ausentes a plazos, discolos y rebeldes con maña) se han centrado más en la capacidad liberadora de la música (un hecho fisiológico posiblemente) que en sus efectos —o defectos— estéticos, o de su placer artístico y creativo, de ese cierto cautiverio que todas las artes de las artes impregnan sobre sus ejecutantes gozosos. Yo no creo por otra parte que los jóvenes vascos se hayan identificado con el rock, ni por sus gestos, ni por esa invitación a la violencia que tiene para algunos este movimiento musical. **Ni es violento el rock, ni es violenta la juventud vasca.** Para aprobar lo primero, recurro a las manifestaciones recientes de **Miguel Ríos**. Para compro-

bar lo segundo, a la reciente encuesta hecha en Pamplona, en la que un sesenta y seis por ciento (el amor se mide en tantos por ciento ahora) de los jóvenes estaban contra la práctica de la violencia.

Eso sí. La música joven se toma por la boca, al rock se le echa mucha viscera, y posiblemente se olvidan los ojos y otros sentidos por redundancia sensitivos en alto grado. Estos jóvenes que aman con la música han revivido la tragedia como expresión teatral aunque les falte, por contra, alguna leve nota romántica. Como le sucede a cierta literatura, a nuestra música, hablo de la roquera, que es la actual y la que motiva a más jóvenes sin tantos por ciento, le falta cierta actitud poética. Hay protagonistas de la música, como **Hendrix**, como la misma **Janis Joplin** —esa muchacha pálida de pies helados y agradecidos—, a quienes no se les pudo negar su condición poética. Los mismos cantantes que otros citarán para partiendo de su muerte pronta y querida, aducir lo contrario e identificar rock o música nueva con destrucción y suicidio. A cada cual lo suyo. A mí, el suicidio, como reivindicación colectiva, me parece una estupidez, si bien es discutible como reivindicación individual (**Arthur Koestler** y la «Sociedad para la Eutanasia Voluntaria», en Londres); pero **sobre todo pienso en la música como generadora de vida.**

Y poesía, mucha poesía, grandes dosis de poesía. Que nadie pueda pensar, ante unos jóvenes domingueros en **Rentería**, que éstos pudieran ser, más que jóvenes, árboles de la Alameda. Música y poesía, en paralelo. Es **Gerardo Diego** quien en una carta (24 Junio de 1921) escribe a **Ortega y Gasset** para explicarle su poética y dice así: «Para orientarse y no caer en el vacío —peligro de tantos arriesgados— nos guiará como una columna mágica la música, que será siempre —bien entendida— el blanco de nuestras flechas. No llegaremos nunca a ella porque élla está en otro plano; mejor, en otros espacio. Pero las direcciones serán paralelas». Si esto pensaba el cualificado poeta creacionista, dudo lo mantuviera si escuchase en la actualidad el desmadre de la movida de «**Las Vulpes**» (del Bilbao). Esa es la cuestión final: **los grupos de rock vascos, muy limitados en medios para su ejercicio, deben sin embargo definir con previsión cual va a ser su futuro y deslindar su actividad de la descompuesta actitud (ahora hablo de calidad musical) de grupos como el femenino citado.** Eso sí: hay que persistir, que de una actividad como esa se irá a otras, tan creativas y juveniles. Una recomendación: no hacerse caso de bobadas tales como las de **David Bowie**, con motivo de su último concierto en el Hipódromo de París: «Hitler fue la primera estrella de rock and roll. Lo que nos faltaba. Otra recomendación: huir de las recomendaciones.